

En tanto que presuroso
Animaba al sarraceno
Con firme rostro sereno
El denodado Almanzor.

— Su voz ruge atronadora
Escitando á los que luchan;
Mas ya sus voces no escuchan
Y empezaron á escapar.

— Y siguen la retirada
Sus órdenes despreciando,
Que el fanático infiel bando
Su mal llegó á presagiar.

— En vano sus fieros ojos
Escudriñan la llanura,
Nada ve y su desventura
Se aumenta y su confusion,

— Hasta que en la oscura noche
Sus huestes se retiraron
Y su vergüenza ocultaron
De Córdoba en un rincón.

Continuará.

D. PEDRO DE PORTUGAL EL JUSTICIERO.

CAPITULO VII.

Después del enlace secreto que D. Pedro había verificado con doña Inés seguían ocultando sus amores á los ojos del público; pero cosas son estas que no pueden permanecer en la corte por mucho tiempo calladas. Desde la extraña aventura que al príncipe aconteciera, se habían impuesto sus enemigos de todo; pero esperaban, que, cual una ilusión pasajera, se desvanecería el profundo amor de D. Pedro. ¡Cual fué su sorpresa cuando llegaron á saber que secretamente se había casado! Tanta audacia, para ellos tan inesperada, les conmovió terriblemente y teniéndose ya por perdidos, se imaginaban que los parientes de doña Inés acabarían de apoderarse de los primeros puestos de la nación. Por esto no había atentado por horrendo que fuese que no idearan en su ambicioso frenesí: de todo se hallaba enterado D. Pedro, por esto había decidido poner en salvo á su adorada Inés, llevándola al monasterio de santa Clara de Coimbra.

D. Pedro de Castro seguía arrastrando una vida oscura y melancólica. En nada había mejorado su posición, al contrario nunca sus enemigos se habían mostrado mas imponentes y aterradores. Ya el príncipe le había manifestado su resolución respecto á doña Inés, y aunque con sumo dolor la había aprobado. Distruido con ideas tan lúgubres se hallaba D. Pedro en su gabinete cuando vio aparecer á su hija con semblante conmovido.

— ¿Qué tienes? le preguntó con ternura su padre.

— Nada, señor, replicó Inés turbada. Vengo tal vez á interrumpiros, pero es preciso: ya sabéis que esta noche tendré el disgusto de dejaros por algunos días.

— Efectivamente, le contestó. Así lo esige tu seguridad y la nuestra. Aunque nada hay que motive semejante medida no están demas las precauciones...

— Sin embargo, señor, ¡siento tanto apartarme de vos! le dijo con voz conmovida.

— Esta ausencia replicó el padre, estrechándola en sus brazos, será momentánea. No hay que temer ni afligirse por tan poco. Son nubes pasajeras que el brillante sol de la felicidad disipará bien pronto.

— Quiera Dios que así sea, dijo Inés con desconfianza.

— Con que á prepararse para la marcha, volvió á decir D. Pedro, desasiéndose de los brazos de su hija, y dando fin á una entrevista que tanto desgarraba su corazón.

Continuará.

Francisco Ledesma.

UN CUPIDO YOLANTON.

Paseábame yo en cierto tiempo por un apartado sitio de esta ciudad, sumergido en meditaciones, porque tengo la desgracia de que muchas cosas llamen mi atención, y si refiero algunos pasajes de mi vida vereis, caros lectores, como tengo razón para quejarme.

Desde bien pequeño perdí mi padre y me hallé arrojado en el mundo, sin contar con subsistencia fija, pero con mucha gana de comer porque esa no la he perdido nunca. Necesario era dar gusto al paladar, y lancéme á proporcionarme por mi sola cuenta lo necesario para la bucólica, como decimos vulgarmente; pero aquí empieza mi desgracia. Dije para mí. De ningún modo puedo yo pasarlo mejor que metiéndome fraile, y empecé á recapacitar cual religión sería la mejor: la de franciscanos no, porque no deben llevar camisa y el hábito les debe molestar el cuerpo, á mas de que tienen necesidad de comer en platos barroños, aunque en ellos se sirvan ricas viandas: las de dieguitos y antoninos no me gustaban, porque van medio descalzos, y deben dormir en cañizos ó tableteros, con el cuerpo encogido: la de jerónimos llamaba mas mi atención, pero ni poseía voz ni habilidad alguna en la música, y como plebeyo, que era no podía entrar sino con aquellos requisitos en la noble congregación: la de san Juan de Dios por último mereció mi preferencia, porque aunque tienen la penuria de lidiar con los enfermos en el hospital, no son ordenados de mayores, solo tienen el voto y la clausura y todos están gordos como cebones; mas hé aquí que interín yo me entretenía en estos cálculos el gobierno se apresuró á extinguir los frailes y sus conventos: primera desgracia! pero desgracia mayúscula!

En este conflicto echo mi imaginación por otra parte, y digo: A mancebo de boticario me dedico. Así al menos pillaré manchas y daré sorbetes á las bebidas y lametones á las botellas de jarabe, comeré azúcar-cande, y chuparé palo dulce, esto de chupar me gustó mucho; me enseñaré á sacar *doscientos reales de una cesta de malvas que me costará seis cuartos*, y me acostumbraré á llamar *agua distillata* á la del pozo ó del cántaro; y si alguna vez doy mostaza por harina de linaza, el enfermo me avisará de la equivocación y para otra vez me enmendaré. En estas reflexiones ocupaba el tiempo, cuando me encuentro incluso en la milicia nacional, y la patria dispone de mí para movilizarme á sus espensas, *velis nolis*. ¡Cuántas desgracias con esto me sobrevinieron! pero ahora que me acuerdo he dejado mi cuento al principio, y he mezclado cosas tan inoportunas que debía callar; voy pues al objeto que me propuse.

Decía que me hallaba paseando en un apartado sitio, sumergido en mis meditaciones, cuando vino á sacarme de ellas el eco de una conversación que cerca de mí pasaba. Siempre he pecado de curioso y acerqueme hácia el sitio en que aquella tenía efecto, y víme encaramada en una tapia de un bello jardín una amorosa *Filís* y al frente de ella un rendido y principiante *Adónis*.

Señorita, decía este, es necesario que V. se convenza de que los hombres hemos de querer á las mugeres, ó á las señoritas, y por eso yo estoy ardiendo por V.; mucho trabajo y repugnancia me cuesta decirselo.... pero yo quiero seguir correspondencia con V.

Todo esto lo acompañaba el rendido *trovador* con un aire de turbación, y fijando en el suelo suelo sus miradas, que daba composición el verlo.

Caballero, respondió la señorita, buenos son todos los hombres; al principio dice V. eso, pero mañana no se acordará V. de nada: estoy yo ya muy trillada y sé que V. será tan pícaro como sus demás amigos.

El enamorado de la tapia replicó: señorita, lo que he dicho á V. de palabra, se lo repito en ese billete: y le arrojó uno que desgraciadamente quedó sepultado entre unas zarzas que había inmediatas; mil esfuerzos hizo el consabido amante para extraer el mercurio de su amor, del espinoso sitio en que había caído, mas todos fueron inútiles y se vió precisado á abandonar su empresa.

— ¡Ay mi mamá!.. y dando un grito entre fuerte y flojo desapareció la señorita.

Como he dicho que peco de curioso, decidí apropiarme de aquel principio de correspondencia amorosa, y aunque me costó el dinero el poder hacerme del billete, por fin lo conseguí, y hoy quiero presentarlo al público, porque lo creo digno de que sirva de modelo á la juventud amorosa.

Se halla escrito en papel glaseado y litografiado, con cupidos y mariposas, conteniendo en una orla la siguiente inscripción.

«Si eres constante, si tienes fé

En claras letras dalo á entender;

Que nada esplica como el papel,

Los sentimientos de un alma fiel.»

Está concebido en estos términos.

«Señorita: mucho tiempo hace que debiera V. haber conocido mi estrechada pasión; nacida en el fondo de mi alma delicada por un exceso de aquella filantropía propia de ciertos amadores vulgares, y que sin ella todo sería oscuro y poco noble.